

cería nada prometedor: si era el Edén, lo sería sólo por la serpiente. ¿Dónde marcar la cruz para que se notara bien? En la puerta siguiente, naturalmente. Allí me dirigí con la tiza en alto. En ese momento volví a sentir que algo podía acecharme o llegar desde atrás —golpe, dardo, lazo o traición—, que el peligro no siempre estaba por delante, por venir. ¡Si me habrá perseguido el pasado no sólo con sus trampas ya urdidas, sino también con sus cargas, sobre todo con las irremediables! Cualquiera cosa se podía estar formando a mis espaldas. Sentí un aguijón a lo largo de la columna vertebral como cuando hay un insecto en alguna parte. Me volví bruscamente y allí estaba. Más pálido que yo, tan ceroso como si hubiera muerto y acabara de resucitar. Pero no era Lázaro. Lo supe por la barba blanca, por los breeches tostados, por la sarta de higos secos que llevaba como un collar sobre la camisa beige, las botas relucientes, y sobre todo por los ojos feroces y afiebrados con que me presenciaba.

—¿Qué haces, niña? ¿Estás marcando cruces por las últimas horas de vida que te quedan? —salió la voz como un silbato ronco.

No pude hablar. Mi corazón era una campana completamente loca. Él la estaría oyendo, también, porque agregó con menos furia, a lo mejor para que yo no muriera de una campanada, a lo mejor para atraparme viva y torturarme mejor.

—¡Contéstame! ¿Qué haces? ¿Para qué tienes ese ovillo en la mano? ¿Estás remontando un barrilete? ¿O crees que es el huevo de Colón, o a lo mejor el orbe, como el que tiene el Niño Jesús?

Me espantó más todavía «el orbe», como una alimaña desconocida que me hubiera picado. Lo solté, rodó y él lo recogió trabajosamente. Comenzó a enrollar el piolín a gran velocidad.

—¿Hasta dónde llega esto y para qué es? Dime por qué entraste y cómo y qué hacías aquí —parecía cansado y sin fuerzas, pero eso no atenuaba su enojo y su inquietud, ni la intensidad del zumbido que atravesaba entrecortadamente la espesura.

Yo apretaba la tiza. Me aferraba a ella como si fuera un talismán, y rogaba que Laura llegara de una vez. Comprobé que había soltado más hilo de lo debido.

—Contesta, niña, o voy a tener que proceder. Y tú no conoces mis procedimientos. —Tenía los ojos desorbitados. Se apoyó con una mano en el marco de la puerta, más pálido aún, como si estuviera por replegarse hacia abajo.

Deduje que mi silencio era un arma que extenuaba. Si no hablaba, si no gritaba, conseguiría durar más que él, a pesar de mi desenfrenado campaneó. Pero, ¿cuáles serían sus procedimientos? ¿La cárcel? ¿El martirio? ¿El destierro?

Entonces entró Laura, muy agitada y casi bailando, con la punta del piolín atada alrededor de la muñeca izquierda.

Esa irrupción lo reanimó. Inmediatamente se repuso, se irguió nuevamente y se hizo dueño imperioso de la situación.

—¡Ah! Mira lo que he pescado. Otra trucha, tal vez, porque para sirenas son chicas todavía. ¡Y yo que sólo creía que podía pescar bagres por aquí! —sonrió malévolamente, ovillando el piolín para acercarla a él, y un fulgor de cuchillo pasó por su mirada acuosa.

Laura lo observaba detenidamente. Vi que empezaba a retomar su seguridad, que calculaba sus recursos.

—¿Usted quién es? Se parece a San Jerónimo y al abuelo Damián —arrancó, aún con cierta timidez, pero hasta con un tinte de ternura, tratando de congraciarse con él. Pero era astuto.

—¡Un jerónimo los santos y el abuelo! A mí no me compras con eso. ¿Y tienes el coraje de preguntarme quién soy, como si yo fuera el intruso y ustedes dos las dueñas de esta casa? —le clavó un dedo en el pecho, un dedo afilado, que pensé que le asomaría por la espalda—. Voy a empezar por atarlas a las dos —rugió esforzadamente, dio un paso inseguro y me tomó por un brazo. Me acercó más a Laura y empezó a enrollar el piolín en mi muñeca juntándola a la de ella.

Era una extraña escena: el anciano estrafalario y amenazador, como un mamboretá, y las dos pequeñas maripositas, una rosada, la otra celeste, acondicionadas para convertirse en polvo entre sus mandíbulas.

—Nosotras somos hermanas: no quiero decir monjas, sino hijas de papá y mamá. —Empezó naturalmente Laura, mientras me miraba de reojo, levantando una ceja en señal de entendimiento, porque estábamos oyendo la bulla que se acercaba.

Él no había terminado de decir «Ajá», cuando el confuso rumor se convirtió en tropel y entraron todos, sin poder detenerse por el envión, con Luis María a la cabeza.

Ninguno pareció alarmado, más bien al contrario. Tal vez la imaginación de cada uno había preparado un cuadro mucho más siniestro que el que estaban viendo; tal vez habrían llegado hasta el asesinato o la total desaparición.

—Bueno, bueno, llegaron el tiburón y las pirañas, o más bien debes de ser Painé a la cabeza del malón, que viene a rescatar a sus cautivas, prisioneras de la tribu enemiga —dijo dirigiéndose a Luis María y lanzó una pequeña carcajada que parecía una matraca, pero fúnebre.

—Le pido perdón, señor Basualdo. Yo le voy a explicar —empezó ceremoniosamente el interpelado, componiendo la garganta y empastando la voz en la que vibraba un respetuoso temor—. Todos pertenecemos a la Mejor Organización de Espías del Mundo y sus Alrededores y nos dedicamos a

espiar, como el nombre lo indica —estaba allí, solemne, con su larguísima cara de vela derritiéndose en obsecuencias, hablando como el viajante de comercio que «vende lo mejor y por si esto fuera poco hay apremios además», el pobre diablo, delegado de los horteras, experto en el seudorrefinado y melifluo blablablá, creyéndose por un momento embajador de Trapalanda. ¿Y por qué me estoy enfureciendo, si entonces no renuncié y aún ahora me está dando lástima el infeliz?

No, no renuncié ni me expulsaron.

Luis María terminó su disertación diciendo:

—Esta preciosa, intrépida y noble niña, hija de nuestro intendente, tenía que cumplir con esta arriesgada prueba para no ser expulsada de nuestra institución. Pido disculpas en su nombre y en el de todos nosotros —y empezó a decir el nombre y apellido de cada uno.

Mientras él nos enumeraba identificándonos, o delatándonos, tal vez, Miguel me miró interrogativamente. Interpreté que quería saber si había terminado mi tarea. ¿Cómo podía contestarle yo? Negué con la cabeza. Vi que retrocedía y que se esfumaba por la puerta de atrás. Una exhalación pasó entre las plantas del jardín.

Cuando Luis María terminó con su lista, el anciano aplaudió con una sonrisa de inefable socarronería y todos lo imitamos inocentemente. Hubo un gran suspenso, porque se dedicó a liberar mi muñeca y la de Laura y a enrollar el piolín con una prolijidad maligna, tanteadora de amedrentadas paciencias. El discurso lo había tonificado: se lo veía fuerte, invencible, listo para embestir. No diré que su color era el de las manzanas, pero había dejado de ser el de las peras.

Comenzó a hablar en un tono bajo y medido, justo en el momento en que regresó Miguel.

—Es un hermoso discurso, joven, una hermosa pieza retórica, digna de mejor causa. Espero que emplee su oratoria en el futuro para algo más meritorio que vender fruslerías —¿«fruslerías» seríamos nosotros?— o salvarse de la horca. Usted es un instructor de delincuentes, y se hará famoso, amigo. Eróstrato —este me pareció el insulto más desdeñoso e infamante que había oído y oíría jamás—. Esta preciosa, intrépida y noble niña, como usted dice, empieza jugando. —Me acarició la cabeza—. Inducida por usted, invade temblorosa la casa de un anciano enfermo, inofensivo, como yo, con la fecha vencida, y terminará asaltando bancos y quemando asilos como todos los otros.

No admitió ninguna protesta de Luis María ni de los demás. Las acalló con un poderoso chistido y las borró de una brusca pincelada hecha en el aire con la mano.

Estaba verdaderamente inspirado, más bien iluminado, como un apóstol asmático frente a los infieles. Prosiguió roncamente con una enumeración de delitos espectaculares, de los cuales Luis María era ya «el agente promotor», indicó a continuación los castigos medievales que nos esperaban —Sade hubiera podido recoger algunas ideas— y terminó casi sin voz, pero con un dedo en alto y los ojos fulminantes:

—Quedan en libertad condicional. Ya lo sabrán sus incautos padres. No, peor todavía. Lo sabrá el Ministerio de Justicia—. Y viendo que comenzábamos a alejarnos torpemente, mudos y cabizbajos, unas pocas hormigas bajo el puño de Júpiter: —¡Atrás, todos atrás! Hasta el pecado debe estar bien hecho. Controlen el trabajo de la pequeña, jóvenes patibularios, con el Capitán Farabutti a la cabeza. ¡Vamos!

Nos obligó a ponernos en fila. Yo era la última, naturalmente. Se me acercó. Me pareció que me miraba con indulgencia. Le di la mano y le dije humildemente «Gracias» con voz de hormiga. Me guiñó un ojo y me devolvió el ovillo. Lo miré azorada. ¿Había sido una farsa? ¿Se había estado divirtiendo con nosotros?

Recorrimos la casa. En la pared del baño, de la cocina y de un pequeño cuarto, lugares que había dejado sin atravesar, se veían también cruces, sólo que marcadas con una tiza blanca en vez de azul. Yo sabía por qué y por quién, pero nadie dijo nada.

No renuncié ni me expulsaron. Tuve un premio: la mano de Miguel apretando la mía a lo largo de todo el camino de vuelta. Y tuve una condecoración: la sarta de higos que el anciano me colocó en el cuello cuando nos arrojó a la calle.

Olga Orozco